

## Unidad y repetición en la vida chilena

TENEMOS una experiencia de la chilenidad. Esta experiencia proviene principalmente de nuestra vida efectiva y si no es extraño su desajuste con los esquemas que nuestros historiadores y ensayistas han concebido. El afán de dar una determinada coherencia a la realidad suele terminar en una abstracción intelectualmente exacta, en la que los sucesos son apremiados por el pensador hasta hacerlos coincidir con el concepto previo; pero cierta tonalidad de la vivencia, ciertas repeticiones de carácter cíclico, ciertas porfiadas antinomias perceptibles al ritmo de la diaria existencia, nos van comunicando una duda sobre el tratamiento reflexivo que se ha dado a los hechos de nuestra historia nacional.

Nuestros historiógrafos han registrado todos los hechos; se ha reparado más en estos que en el hombre que los genera desde la penumbra de su vida. Los hechos de nuestra historia son la expresión de la vida oculta que se manifiesta espontánea o reflexiva, resuelta o vacilante, síntomas siempre del alma peculiar que nos condiciona y determina. La vida chilena en su multilateralidad rezuma un gesto original, en el que se integran y organizan innumerables ingredientes complementarios, que sólo en la unidad total adquieren su verdadero rango y significación. Cualquiera de estos ingredientes estudiados sin conexión con el hotanar de donde proviene conduce al dato mostrenco, desvinculado de la gran persona nacional que vive y tiene su acento anímico, ni más ni menos que un individuo aislado. En atinar con este fondo en constante secreción vital consiste la tarea que debe emprenderse frente a la cordillera historiográfica levantada por nuestros investigadores, que han allegado los elementos fundamentales necesarios para el estudio de un modo de ser, patente en cada una de las actividades parciales del complejo social.

Las numerosas investigaciones que se han practicado sobre diversos aspectos de

la vida de Chile, tienden a considerar cada uno de estos aspectos en sí mismo, sin atender a la soterrada trama vital en que se ordenan y de la cual son, una y otra vez, la solución ocasional.

Un hecho sorprende sobremedida: la estabilidad que adquiere el poder público luego de las asambleas, papeleos y perplejidades de 1810, descontando la fugaz Reconquista. En efecto, el asentamiento institucional es un logro difícil que las naciones alcanzan en un proceso largo y doloroso. Pero Chile se instala en las nuevas normas sin vacilaciones importantes, y cumple cien años de historia con una anormal seguridad. La explicación del insólito suceso debe buscarse en los trescientos años de vida colonial que quedaban atrás. En este lapso nuestra sociedad se había constituido lenta y sólidamente, en la inconsciencia vegetal de la vida tranquila; se habían definido los diferentes estratos y configurados el sentimiento de *ser para sí mismo*, hecho para el que según Dilthey no tenemos palabras<sup>1</sup>.

Las circunstancias habían favorecido el lento y casi somnolente desarrollo. Distantiado el país de la metrópoli castellana, aislado por el más ancho mar y las más esbelta montaña, pudo decantarse y configurarse un modo de ser peculiar, en paradisiaca soledad, sin interrupciones conturbadoras que deforman su evolución natural. Gravitando sobre sus propias esencias, la nación vivió a espaldas del mundo una *vida absorta* que consolidaba progresivamente las singularidades: pequeños mitos, tipos fundamentales, *folklore*, empaque de las grandes familias, etc.

Esta médula esencial del pasado es la única base cierta del presente; el cristal se labró en trescientos años sin premura, pero también sin accidentes que probaran su verdadera resistencia, sumergido en un fatalismo biológico y biográfico. A partir del

<sup>1</sup>Introducción a las Ciencias del Espiritu. Revista de Occidente, 1956. p. 79.

siglo XX declina resueltamente el vivir absorto de la gran mayoría; en esta apertura a lo extraño se advierte que el ser del chileno es capaz de tolerar profundas y sutiles colonizaciones, que lo seducen fácilmente las melodías espirituales extrañas, que tiende a pseudomorfizarse con el roce, que pierde su atrayente autoctonía. Parece decisivo que un pueblo se forje en el yunque de las confrontaciones cruentas, aceptando poco y rechazando mucho, templando periódicamente, en pugna con otras fuerzas, la consistencia del gesto atávico.

Se han escrito algunos libros importantes que satisfacen parcialmente la inquietud de autoconocimiento que padecemos. *La Frontera Aristocrática*, de Alberto Edwards, es un estudio brillante y profundo de la clase terralmente y plutocrática, que se detiene, sin embargo, en los límites de la clase media e ignora por completo el *humus* popular. Francisco Antonio Encina es certero en su filiación del carácter de la economía chilena y de sus hábitos negativos. *Nuestra Inferioridad Económica* contiene casi todo lo que se puede decir sobre nuestra incapacidad para la vida de empresa, pero no se relaciona este rasgo con los trescientos años de vida sumergida y fácil. La idiosincrasia no se elige; se conjugan en ella cualidades y defectos naturalmente compensados. El despertar económico de nuestra patria acuciada por apremiantes circunstancias puede determinar un resultado positivo para la economía, pero perdidos algunos de los ingredientes estables que se armonizaban en los viejos hábitos, el sujeto resultante no será el mismo que manejan los conceptos históricos tradicionales, inservibles para comprender las diferentes pseudomorfosis del chileno-yanqui, el chileno-europeo, el chileno-ruso, etc.

En cuanto a formas de vivir originales queda muy poco que inventar entre nosotros. Lo chileno es algo discernible con nitidez; una realidad porfiada que en 1910 contaba con cien años de ininterrumpida expresión. En torno a esa fecha centenaria dio a las prensas *Alejandro Venegas Carus* su libro *Sinceridad*<sup>2</sup>. Los cien años de vida colectiva se ordenan en una perspectiva desoladora, fácil de rectificar y completar en la actualidad, sin que por esto pierdan su valor gran parte de las aseveraciones del comentarista. El ensayo es valiente y acongo-

jado; contiene una radiografía de la gestión administrativa de la clase alta, que carga el acento en sus aspectos más negativos. Se explica esta tenaz desviación valorativa de Alejandro Venegas con sólo reparar en que su desafiante comentario está hecho desde una clase social emergente todavía, y postergada. Resuelto a condenar sin tapujos, el Estado Chileno es un modelo de desorganización, escándalo, incompetencia, modorra señorial, ignorancia de los problemas y de las técnicas adecuadas para solucionarlos, egoísmo, etc. El teclado histórico había sido pulsado en el siglo XIX por una sola mano: la clase alta, que informa toda la melodía. La clase media y el pueblo no participan en las decisiones; sólo pudieron manifestarse como instrumentos, entrando a granel en la hora cruenta de la guerra y de las revoluciones.

El autor se dirige a D. Ramón Barros Lugo, presidente electo en ese entonces. Desafiante y recriminatorio. Venegas espectora sus convicciones sobre las causas de nuestra desventura y atraso, con la seguridad de un iluminado. El origen de todos nuestros males es el papel moneda inconvertible, establecido en 1878, para financiar la guerra. El régimen de curso forzoso del papel moneda fue aprovechado por la clase terrateniente para su beneficio exclusivo, porque pudo maniobrar a voluntad en cada elección y consiguió llevar a La Moneda a hombres que, al decir de Venegas, "no fueran amenaza para nadie"; frase sintomática que ha tenido muy buena circulación desde entonces.

Conviene prestar atención a estas sinceridades de 1910, que pueden servir de prueba para comprender la frecuencia cíclica de nuestro modo de ser.

"El billete depreciado favoreció al agricultor rico, al hacendado, al magnate". Con motivo de las fiestas centenarias caracolea la corrupción de la oligarquía. "Acabamos de celebrar nuestro centenario —escribe Venegas— y hemos quedado satisfechos, complacidos de nosotros mismos. No hemos esperado que nuestros visitantes regresen a su patria y den su opinión, sino que nuestra prensa se ha calado la sotana y el roquete, ha empuñado el incensario, y entre reverencia y reverencia, nos ha proclamado pueblo cultísimo y sobrio, ejemplo de civismo, de esfuerzo giganteo, admirablemente preparado para la vida democrática, respetuoso de sus instituciones y de los sabios e integérrimos políticos que lo

<sup>2</sup>*Sinceridad —Chile Intimo en 1910—*, Imprenta Universitaria, 1910.

dirigen, en una palabra, espejo milagroso de virtudes en que deben mirarse todos los pueblos que aspiran a ser grandes. Con una petulancia rayana en la imbecilidad, hemos ido a preguntar a los delegados extranjeros: ¿Qué les parece nuestro ejército?, etc." Y lo demás, lo que siempre cuestiona el chileno con orgullo al observador extranjero: el vino, la elegancia de las mujeres, la hospitalidad.

Argumentado con la crudeza de un escritor del 98 español, Venegas nos muestra las sombrías contrapartidas en que los políticos da, sabios. En taladrar el valor de la moneda, conforme a sus intereses, decretando la baja de 46 d. a 7 d. El espejo milagroso de virtudes se cuarteaba con los más curiosos y vergonzantes sucesos.

"Habrán ignorado (los extranjeros visitantes) que los ocho millones de pesos que el Congreso dedicó a celebrar el centenario despertaron una sed de rapiña tan grande, que cuando falleció el Excmo. Sr. D. Pedro Montt y algunos espíritus pundonorosos hablaron de la postergación de las fiestas, levantaron una verdadera tempestad los que ya contaban como propia buena parte de aquellos dineros..."

Los delegados extranjeros vieron "a nuestros magnates convertidos en mayordomos, en contratistas de banquetes que el Estado pagó a precios superfabulosos; han tenido que saber que esos arcos ridículos que se construyeron en la Avenida de las Delicias fueron contratados por noventa mil pesos y el negocio pasó de mano en mano hasta llegar a las del que lo hizo, el cual sólo recibió catorce mil, y todavía obtuvo una ganancia no despreciable; han debido imponerse de que muchas familias de las más aristocráticas se hicieron arreglar regiamente sus palacios por cuenta del Estado, so pretexto de prepararlos para recibir alguna delegación extranjera; y de que muchas exigieron todavía, por las dos semanas que fueron ocupados, alquileres de treinta, cuarenta y cincuenta mil pesos, fuera de que hubo algunas de muchos pergaminos que luego que vio su estancia transformada y embellecida por los dineros fiscales, se aprovechó de un pretexto fútil para no facilitarla y se quedó con las mejoras".

Era fácil erosionar la piel de los señores de la época con diatribas como esta; era fácil acusarlos, puesto que no se confundían con los demás grupos sociales en el jugoso escamoteo y tenían la exclusiva en los controles. Los congresales eran terratenientes que en un siglo de manejos se ha-

bían arreglado con el gobierno para la construcción de las carreteras más convenientes a sus intereses; para el trazado y construcción de vías férreas que les transportaran sus cosechas a los centros de consumo, a precios mínimos. El país había sido un feudo disfrazado de república. "No ha llovido, no tenga agua", decía la Fronda, y había que ayudarla construyéndole un tranque. Pseudoagricultores, ablandados en la mollicie, visitantes eventuales de sus propias tierras, creían que la salvación de la patria consistía en valorizar artificialmente su trigo, bajando el cambio. La patria eran ellos, naturalmente. La idea portaliana se desvanecía en cada palacete francés de la calle Dieciocho, financiado con una patadita al peso, que todo lo aguantaba. Se consolidaba el sordo compromiso de la inflación crónica.

El informe de Alejandro Venegas tiene, pese a su parcialidad matizada con un sectarismo moderado, la fuerza de una realidad directamente observada y vale como una forma primaria del resentimiento de la clase media, que empezaba a asentar su navaja barbera, obnubilada por la posibilidad de la revancha. Asoma claramente en este libro el resentimiento y cierto masoquismo larvado que se complace en la enumeración de flaquezas y sólo atina a auto-definirse como realidad defectiva. Algunos argumentos apresurados se tornan contra la tesis del iconoclasta cuando afirma que "la inferioridad del artesano chileno con relación al extranjero, está casi exclusivamente en su falta de temperancia y en su informalidad" lo que nos obliga a preguntar si la intemperancia y la informalidad son padecidas por nuestro artesano, a raíz de algún siniestro decreto de la oligarquía; o se trata de la espontánea expresión de la entraña vital, lo mismo que la del comerciante que se daba en los días de Venegas en proporción que, desgraciadamente, hemos superado con largueza y "que hacía abrocharse a la gente, al solo rumor de su presencia".

Esta valentía para la autocritica no es exclusiva de Alejandro Venegas. Con mayor o menor dosis de amargura, algunos con cierta alegre facundia como Emilio Rodríguez Mendoza, se han acercado a la vida chilena nuestros escritores; el resultado es una reflexión, si no acertada, pesimista. La nación se sitúa muy adecuadamente y con gran suficiencia ante su propia realidad; determina con justeza los métodos que conducen a una solución, pero, en cada vuelta,

se insinúa una fuerza desconocida y potente que la detiene. El recetario concebido por Alejandro Venegas en 1910 no se diferencia del que se repite sin pausa, hasta la majadería, en las vísperas de todas las elecciones presidenciales. ¿Qué diferencia hay entre las normas que aconsejaba Venegas a Barros Lucos y las que aventó cualquiera de los candidatos de la última elección? Moderar los gastos ostentosos; sobriedad; dinero extranjero abundante y barato para explotar minas, construir puertos, tender ferrocarriles y canales de regadío y dar vida a centenares de industrias verdaderamente reproductivas. El viejo cuento de la moneda estable, honrada y sana al servicio de una industria que no precise defenderse de la competencia extranjera con aranceles aduaneros.

Un proceso oculto, en contracorriente con tan discretos propósitos, opera en la entraña de la sociedad y los neutraliza. Se ha filtrado en el alma del ciudadano una vaga conformidad con la verborrea mesiánica que anuncia lo que no hace. Se sospecha que todo el país está invitado por turno al gran festín del poder; porque si aceptamos lo expresado por Venegas contra la oligarquía, cuando esta fracción de nuestra sociedad dejó de controlar el país, debió sobrevenir la saludable reacción. Sin embargo. . .

Las *sinceridades* del dolorido escritor portaban la cuota de soluciones, rectificaciones y arbitrios, que han sido la cantinela permanente de todos los postulantes a administradores del país hasta nuestros días. La comprensión correcta de nuestros problemas han marchado a la par de una voluntad demasiado robusta de no aplicar los claros esquemas que rebotan lamentablemente en la maraña de compromisos y conveniencias que como un oleaje constante, avanza desde el sótano de la idiosincrasia nacional.

Nuestra sociedad acepta con fatalismo el juego ininterrumpido de estas dos posturas. La retórica que gargariza sobre nuestra crisis moral, y los verdaderos resortes que impulsan la conducta del país, que bizquea hacia los principios, pero solidariza con su propia sustancia.

En 1938, al asumir la clase postergada la totalidad del poder, se vio que el modelo de conducta desalojado era entrañablemente afín con los debutantes. Simplemente les había llegado el turno. Por debajo de los grandes propósitos, ya en las primeras escaramuzas se comprobó la profunda unidad de la nación. La clase media repitió, punto

por punto, las jugadas de sus predecesores; exorbitó algunos de sus defectos y dejó flotando el diseño de una auténtica continuidad. El derrumbe de la moneda, que protegió la molice del terrateniente y sirvió de poderoso fundamento a la crítica, se hizo más rápida, hasta alcanzar velocidades de vértigo. El costalazo anterior fue de 47 d. a 7 d.; el grupo social reemplazante no tuvo dificultades para duplicar la falencia y solemnizar legalmente la inflación crónica. Sin la menor pausa, el carrusel de la política gira en torno al puesto público para el correligionario o el pariente; el negociado para el equipo de culebrones que ofician de eminencias grises; gestiones, coimas, etc. La diferencia no va más allá del pigmento y de los apellidos. Las zonas profundas del alma nacional tornaban a expresarse con seguridad porque el sistema tricenenario no había cambiado fundamentalmente. Un sistema nuevo más sano y honrado es una posibilidad que hay que construir "con la misma materia espiritual formada por el sistema suplantado"<sup>3</sup>.

Chile no se inventó en 1810; su carácter se había fraguado en trescientos años de vida arremansada y absorta; en soledad y libre de contactos apremiantes. El concepto de progreso es multilateral; si como tal se califica la separación de la iglesia del Estado, Alejandro Venegas nos dice que lo injusto no era ayudar económicamente a la iglesia, sino rehusar ayudar a los brujos en quienes cree la mayoría del pueblo. Hoy, el progreso consiste en imitar la vida norteamericana, o en implantar industrias anti-económicas, que nos permiten ufanarnos de hacer acero; sobre todo si la implantación acarrea una nueva cantera de empleos y representaciones bien rentadas. El hacerse en soledad le cuesta a Chile su mayor problema actual: la relación con la vida foránea, a la que, sin duda tolera y cede en demasía desoyendo su íntima vocación; es un declive peligroso en que nos colocan los aluviones antihistóricos, difícilmente asimilables, oriundos de Europa. El país organizado desde lo profundo, va resistiendo poco la seducción de una vida distinta, que fatiga o adormece súbitamente su vocación vital; a la "santa ociosidad" sucede la cacería del dinero; a la vida estable, en evolución original, la imitación de modos existenciales, que responden a situaciones desconocidas para nosotros; al tranquilo na-

<sup>3</sup>Emilio Rodríguez Mendoza. *Como si fuera ahora...* Nascimento, 1929.

cionalismo, embebido de esencias vernáculas, el esnobismo de lo criollo turisteando el folklore. La vida se bizantiniza en el patriotismo de lo heroico que acumularon los cien primeros años de vida independiente registrados en los monumentos de la Alameda. El patriotismo radical de lo cotidiano va desapareciendo en el comercio vital con hombres de todos los rincones de la tierra, que vienen a resolver sus intransferibles problemas.

Mientras en la organización interna de la sociedad se expresa el alma del país, como una trama de cualidades y defectos orgánicos, no puede hablarse de auténtica crisis. En Chile no la ha habido hasta hace muy pocos años. La nación, realidad de mayor o menor cuantía y rango, consistía y se arraigaba en lo propio. Rodríguez Mendoza que no es *bovarista* ni usa anteojeras, ha entresacado, en prosa barroca, retazos del hecho decisivo: "Está consumada la independencia de la América española y la piqueta de enterrar cosas que resucitan ha intentado desfigurar las facciones de todo lo español metido en el tuétano del criollaje americano. Se han destruido los escudos con el águila de doble cabeza de los Austrias y políticamente se ha demolido el predominio peninsular. ¿Y espiritualmente? ¿Podría desaparecer la noción española de las jerarquías sociales; podrían desaparecer las creencias; el concepto general de la vida?"<sup>4</sup>.

La organización externa de la sociedad, el Estado, es consecuencia de la actividad vital de los individuos; existe, según Dilthey, una relación entre la actividad vital de los individuos, los sistemas de cultura y esta organización externa de la sociedad. Cuando esta no es una abstracción, ni expresa solamente buenos deseos, "en las raíces de la existencia humana y del complejo social, los sistemas y la organización externa están tan íntimamente enlazados, que sólo lo distingue la diversidad del punto de vista"<sup>5</sup>.

Empinado sobre sus fronteras, el chileno de hoy sorbe vorazmente las más diversas formas de vida. Las aduanas no nos protegen de la pacotilla espiritual que se filtra, al abrigo de una inmigración equivocada; agente poderoso capaz de producir combinaciones desconocidas y estimular peligrosamente la normal opinión que el habitan-

te tradicional, largo tiempo arraigado, tiene de su patria y que coagula en cierto evidente fastidio del ser autóctono. El chileno no gusta de sí mismo; esto explica algunas cosas: su capacidad de autocrítica; su tendencia irrefrenable a vivir en francés, en norteamericano, en inglés; la facilidad que patentiza la gran masa para rendirse al embrujo del cancionero argentino, cubano, brasileño, italiano, etc.

No son ritmos musicales del cancionero chileno los que galvanizan la emoción de nuestro pueblo. El imperio del tango —temático y musical—, ha sido el más enérgico que ha padecido la sentimentalidad chilena en cincuenta años, mientras la cueca y la tonada tienen una fugaz epifanía durante dos días en el año, y sólo en determinados sectores. A pesar de la antipatía que parece merecer el hombre argentino a nuestro pueblo, ha soportado inconscientemente vivir como argentino en los bajos de su sentimentalidad.

Escéptico, triste, desvitalizado; a merced de las más traidoras seducciones, el país pierde ser. El gesto nacionalista que dibujan algunas de nuestras leyes para retener el petróleo o el metal resulta una cautela bien secundaria si ya hemos claudicado en las zonas decisivas de nuestro ser espiritual.

Es de signo contrario la gestación de Argentina como nación, a partir de 1810. Durante el siglo XIX se va haciendo y modificando al ritmo de la inmigración europea que encontraba una tierra en disponibilidad, porque el argentino no existía como sociedad orgánica. El inmigrante podía ser argentino desde que pisaba el puerto de Buenos Aires; no había allí una estructura social claramente estratificada con la cual debiera luchar para imponerse; no necesitó arrinconarse en *colonias*. Ortega y Gasset definió certeramente esta manera de hacerse un país en su ensayo *El hombre a la Defensiva*. Para el filósofo español, el concepto de *factoría* rinde la significación adecuada.

"El inmoderado apetito de fortuna, la audacia, la incompetencia, la falta de adherencia y amor al oficio o puesto son caracteres conocidos que se dan endémicamente en todas las factorías. *Eso, precisamente eso, distingue una sociedad nativa y orgánica de la sociedad abstracta y aluvial que se llama factoría*".

Añade Ortega que esa pujanza factorial ha impedido a la Argentina "estabilizarse como Chile o el Uruguay".

<sup>4</sup>Rodríguez Mendoza, *Ibid.*

<sup>5</sup>W. Dilthey, *Ibid.*

Entre nosotros, el aluvión inmigratorio indiscriminado va triturando los caracteres de la base original; el inmoderado apetito de fortuna, desconocido hasta 1900, es la nota esencial de la vida chilena de hoy. La antigua sociedad estabilizada y orgánica, deviene lentamente en factoría. Los escándalos financieros acaecidos en el sector privado durante los últimos años, son protagonizados por sujetos que no llevan apellidos tradicionales. El recién llegado tiene poco que perder moralmente, puede jugar con libertad contra el país; no ha venido a quedarse, sino a ganar. La evasión oportuna suele solucionar el contratiempo peligroso. La inmigración a granel socaba las bases del grupo nacionalizado. Adquiere toda su importancia la pregunta que se hacía el internacionalista español Salvador de Madariaga: ¿Qué pensaba el gobierno del Perú que debía ser el futuro de la nación al permitir el ingreso de 900.000 chinos y japoneses en sólo tres años?

El lejano libro de Alejandro Venegas nos ha enseñado que somos una unidad que se repite. Este escritor no podía sospechar en 1910 que la clase media, postergada y germinante, calcaría fielmente los vicios y defectos acumulados en el siglo de gobierno de la clase alta. Como buen chileno gustaba de la autocrítica y nos dejó una perspectiva sombría, que a nosotros nos parece fácil de enriquecer con nuevos matices defectivos. No hay escritor que se exima de colaborar en el gran libro de los vicios y defectos nacionales. Joaquín Edwards Bello ha escrito recientemente, en la columna de *La Nación*: "Al chileno le agrada lo mediocre, lo inofensivo y débil, lo diminuto" (29-IX-60).

En aquél cambio de comando de 1938, saturado de esperanza, no se puede registrar una nueva fórmula de expresión cívica, aunque, sí nuestra inmanente unidad. De los tres estratos que componen la nación,

han gobernado dos y quedaron empatados. La corta preponderancia del segundo tercio, clase media burguesa, en el manejo de los negocios, fue una simple revancha.

La mayor de las riquezas de nuestros vecinos del Plata no se hallan en su tierra generosa, sino en la capacidad de crecer en el contacto inmigratorio. Para nosotros este contacto con lo extranjero es deficitario y trágico en lo que más importa: en la conservación de los caracteres y modos específicos que cristalizaron en el transcurso de los tres siglos coloniales. El siglo XIX fue testigo de nuestra preparación para la expresión histórica, que se consumió rápida y segura como la de un pueblo viejo. El sabor que la vida tiene para el chileno, el aliento de su más recóndito ser dejó su impronta en cada fecha, en cada libro, en cada ley; hizo un par de guerras y completo de golpe la cuota de héroes, victorias, mitos y leyendas que le eran indispensables. Calibró en la atropellada la densidad de su energía que sólo puede manifestarse en la guerra, como decía Max Scheler. El chileno ataca bien, es de *capa y espada* (Madariaga). La recepción tranquila le es desfavorable, la normalidad lo adormece y permite que el Estado se arroje sobre los problemas, porque la solución de la vida normal no es asunto que lo entusiasme; prefiere confiarla a una institución.

Pero esta idiosincrasia bien formada no se manifiesta fuerte y resistente a la influencia seductora de modos de ser desconocidos. El equilibrio metabólico de nuestra nación se altera en el roce con lo extraño y termina por asimilar mucho más de lo que una razonable cautela aconsejaría. El país pierde su alma lentamente; la pierde justamente porque la tiene y se la ha hecho en soledad, cosa que no sucedió a la Argentina, país esencialmente abierto que empieza en cada genovés o gallego con el pelo de la dehesa, que baja en el puerto.